

Sexismo nuestro de cada día

Anilú Elías

Imaginemos un programa de televisión donde se entrevista a un grupo de periodistas acerca de una publicación. El programa tiene teléfono abierto al público, al que se invita a hacer sus llamadas para preguntar a los integrantes acerca del tema que se está tratando. Las preguntas, supondríamos, versarían sobre éste o aquél aspectos del asunto que se discute; incluso podemos imaginar cuestionamientos —si el tema es de controversia—, pero no imaginamos al público preguntando a los entrevistados acerca de su vida privada.

Ahora imaginemos el mismo programa, pero con mujeres tratando temas que no son tejido, ni modas, ni recetas de cocina ni cuidado de niños. O sea, un grupo de mujeres que no se dedica a las “labores propias de su sexo”. El auditorio —en especial el masculino— llamará a preguntar si las integrantes del programa son casadas o no. No preguntará de su profesión, de cómo llegaron a la publicación donde ahora trabajan, no indagará de sus intereses o sus inquietudes; su estado civil es lo que preocupa.

¿Ficción? No. Esto ocurrió precisamente durante el curso de la entrevista que Patricia Berumen de Canal 13 hizo a un grupo de integrantes de la Revista *fem* con motivo del décimo aniversario de su fundación.

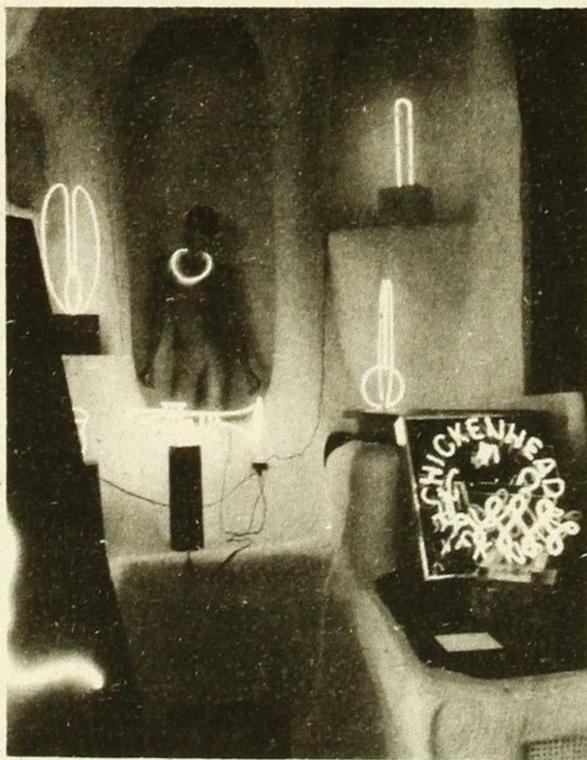
A simple vista, parece una pregunta ociosa, sin importancia; fisgonería natural y humana. Pero el hecho merece un poco de reflexión, porque es un acto de sexismo puro y simple. O

no tan simple, por las implicaciones que tiene.

La pregunta tiene tres inquietudes ocultas:

a) Si estas señoras están casadas ¿a qué hombre en su sano juicio se le puede ocurrir “darles permiso” de andar en semejantes argüendes?

b) Si estas señoras están casadas y algún infeliz les permite andar en dichos argüendes, ¿en qué estado se encuentra la casa y los hijos? Porque para andar metidas en las labores que no son “propias de su sexo”, seguramente descuidan lo que es su más sagrado deber.



(Lourdes Almeida)

c) Si no son casadas, como el señor lógicamente supone, es obvio que —según reza la creencia popular— las feministas son una bola de mujere feas, resentidas y solas; sobre todo amargadas porque ningún hombre les ha hecho caso.

De todo lo anterior se desprende una actitud tan sexista como los golpes a la esposa, los dere-

chos desiguales en el trabajo, en la vida civil y en la existencia cotidiana. Como no es tan evidente, es por ello más peligrosa.

Contra estas actitudes también hay que luchar. No podemos negarnos a dar la información requerida y quedarnos tan tranquilas. Ni menos “tranquilizar” al auditorio dándole nuestro *curriculum* para que vea que “nuestras credenciales están en orden”; escandalizar no es el caso. Y lo señalo porque muchas feministas en respuesta —justamente airada— a la intromisión en sus vidas privadas, responden hablando de amantes, de libertad sexual y otras imágenes favoritas del público que ha estado expuesto a la propaganda amarillista que habla de que el feminismo sólo persigue la libertad de la cintura para abajo y así, con cinismo absoluto, borra de un plumazo las luchas por la superación de condiciones que apenas los esclavos soportaron y que hace más de cien años para ellos dejaron de existir, aunque para muchos millones de mujeres hoy día siguen siendo la norma.

Lo único que podemos hacer es concretarnos al tema para el cual nos invitaron y con la mayor ecuanimidad posible —si nos es posible— responder que la vida privada no está a discusión en el programa, conferencia, simposio o simple mesa de trabajo. Y digo si es posible, porque la rabia es normal ante una situación que nos devuelve a discriminaciones ancestrales, aunque también está de moda prescindir de la rabia por considerarla poco adecuada para una buena comunicación y esto es muy cuestionable. . . Pero ese es tema para otra ocasión. *fem*